

Psicología y servicio a la comunidad: deudas y desafíos

20 años Psicología UDD 2018

Benito Baranda

Les agradezco esta invitación y el honor que me han concedido de acompañarlas y acompañarlos en esta celebración. Permítanme felicitarlas y felicitarlos por estos 20 años de existencia, por la formación de aproximadamente 2000 colegas que ya están sirviendo en diversos ámbitos de nuestra sociedad y otro tanto que hoy se educa, por los centros de estudios e investigación y su aporte a temas contingentes y urgentes, por la labor social de vinculación con el medio y el aporte en la formación de post grado. Y por lo que han logrado conformando un equipo académico atrevido, innovador y soñador, en medio de una sociedad que cada día nos necesita más, donde a pesar del crecimiento económico, la ampliación de oportunidades y el aumento de la libertad en la elección de los estilos de vida, las personas experimentan sufrimiento psíquico, ellas, sus familias y sus comunidades, especialmente –pero no exclusivamente- en nuestras grandes ciudades.

Nuestra ciencia, profesión y oficio, está para dar respuestas lo más integrales posibles a esas angustias, miedos, tensiones, divisiones y crisis tanto individuales como colectivas, en los ámbitos privados y públicos. Pero no somos una ‘profesión isla’, estamos entramados con el resto de las ciencias humanas lo que obliga a un trabajo multidisciplinario siempre, lo que unos ven pueden estar en el ámbito de la ceguera para otros. Piensen ustedes en la economía, una ciencia social que se alimenta permanentemente de nuestra ciencia para comprender con mayor profundidad el comportamiento humano, su bienestar integral y las causas que lo movilizan interiormente, por algo desde el año 1998 – cuando le fue entregado a Amartya Sen- a lo menos 10 de los premios nobeles de economía están estrechamente vinculados a nuestro oficio. ¡Tenemos en nuestras manos un gran poder para servir a otros!

Como preámbulo

Con 20 años en la mochila podemos hoy preguntar ¿qué esperan ustedes para las dos próximas décadas? ¿qué aspiran sus alumnos y alumnas de lo que les pueden entregar? ¿qué deudas y desafíos tenemos como ciencia frente a nuestra sociedad?

Preguntas que podrían multiplicarse dada la amplitud de intereses, habilidades, preocupaciones y sueños de cada uno de los presentes -en particular de quienes forman hoy parte de la Facultad de Psicología- y las demandas que surgen de la propia comunidad que nos exige estar despiertos, contemplando y escudriñando la vida cotidiana para no llegar tarde, para ser pertinentes en nuestras propuestas y para colaborar desde nuestro ámbito con la ampliación de las libertades y el desarrollo más pleno de las personas.

Es bueno tener siempre más preguntas que respuestas, y en aquellos casos donde se ha logrado responder es prudente –y propio de una universidad- dejar la puerta abierta a nuevas respuestas y/o a la aparición de otras preguntas. Cada vez que escuchamos a miembros de los equipos académicos ‘pontificar’ de manera casi dogmática afirmando verdades absolutas con poca posibilidad de réplica, más nos alejamos del espíritu y sentido que guía una casa de estudios como esta, la búsqueda de la verdad, el bien y la justicia es una gigantesca espiral, continua y sin fin, que nos debería seducir en una búsqueda permanente, con humildad y servicialidad.

Para colaborar en esta necesaria reflexión, teniendo algún conocimiento de lo que ustedes llevan adelante (considerando las 4 orientaciones estratégicas de la UDD), me he tomado la libertad de indagar en tres áreas –entre tantas- que considero fundamentales para la salud psíquica de nuestras sociedades en el futuro cercano, particularmente de nuestro querido país y de su entorno Latinoamericano. Me refiero a la **construcción de confianza**, a la formación en el **abajamiento** y a estar

abiertos a la exclusión social y a ese dolor psíquico que atormenta a millares de estas personas.

La construcción de confianza

Aprendimos en los primeros años de estudios psicológicos que la confianza era un pilar del desarrollo humano individual –algo que ustedes lo han investigado rigurosamente desde el ‘apego’- y luego entendimos con los años que también lo es de las instituciones y de la sociedad en general. Desde la confianza básica fraguada en la infancia hasta la confianza ciudadana construida colectivamente por una comunidad, hay un camino largo de aprendizajes, decepciones, logros, fracasos y realizaciones. Hoy vemos como instituciones históricamente confiables pueden llegar en pocos años a bajísimos niveles de confiabilidad.-

Cuesta construir confianzas al interior de nuestros hogares cuando la presencia de quienes la deberían inspirar es limitada y las huellas de la violencia nos siguen impactando; no resulta fácil edificar la confianza en la estructura escolar, en especial frente a la ausencia de una formación ciudadana y ética más delicada; es dificultoso construir confianza en nuestros barrios cuando estos están segregados, con falta de servicios y en medio –muchas veces- de la violencia y el narcotráfico; se pone cuesta arriba construir confianza en los lugares de trabajo ya que las sospechas mutuas y el desconocimiento abren un abismo; y por último –ante los lamentables hechos ocurridos en La Araucanía- es imposible construir confianza cuando la cultura del ‘otro’ me sigue apareciendo como inferior y subdesarrollada.

La psicología tiene algo que decir en esto, conocemos la importancia de la confianza, lo fundamental que resulta en la vida personal y social. Tenemos mucho trabajo aquí y este es un primer desafío que les planteo para este nuevo período de crecimiento. Les solicito que –por el bien de

nuestra nación y por la riqueza de nuestro oficio- amplíen su preocupación en esta área, es muy importante lo que realizan en la infancia y el cúmulo de aprendizajes y evidencias que han levantado, éstas tienen directa relación con la confianza, ayúdenos a introducirla en lo educacional, laboral, social, político, cultural...etc.

Formarnos en el abajamiento

Desde la formación universitaria –y con la herencia familiar y escolar- se constituye muchas veces una manera de mirarnos y relacionarnos extremadamente desigual al interior de la comunidad, no nos reconocemos en la práctica con la misma dignidad y por lo tanto no somos luego capaces de darnos un trato igualitario, eso tiene posteriormente su impacto en nuestras propias acciones profesionales, quien no reconoce la igual dignidad de aquel a quien sirve será incapaz de desatar la auténtica justicia en su intervención profesional.

No es indiferente mi postura ante el ‘otro’, aunque algunas y algunos de ustedes así lo crean o se hallan convencido de ello vía los mismos mecanismos psicológicos que conocemos. Compruebo cotidianamente que mi visión de su realidad, en particular en medio de la exclusión, pobreza y vulnerabilidad, impacta el núcleo de la relación; por ello, por muy sumergida que esté en mi conciencia, es de justicia sacarla a flote, hacerla progresivamente consciente, y así poder generar los mecanismos para que ésta no perturbe mi relación, no la llene de prejuicios ‘nuevos’ ni la desvíe a otras fronteras humillantes y deteriorantes. Hay un poder, un poder inmenso, al ingresar a la vida y conciencia de esas personas, y así como en otros casos hemos visto recientemente el horrendo impacto que provoca la manipulación de las conciencias de muchos, podemos

transformarnos –si ya no lo somos- en silenciosos usurpadores de la dignidad en medio de una existencia ya frágil y vulnerable.

Para llevar adelante un cambio de mirada y de relación que nos permita una manera de estar en el mundo auténticamente solidaria, es decir humana, la formación profesional debe insistir en educarnos para el abajamiento, concepto desarrollado desde la sociología por Joaquín García Roca, él mismo señala que *la solidaridad es una construcción moral edificada sobre tres dinamismos: el **sentimiento compasivo**, que nos lleva a ser unos para los otros; la **actitud de reconocimiento**, que nos convoca a vivir unos con otros, dando y recibiendo unos de otros; y el **valor de la universalización**, que nos impele a hacer unos por otros. Y como todo ello debe ocurrir en el interior de relaciones asimétricas y en un mundo desigual y antagónico, de débiles y poderosos, de víctimas y verdugos, a la solidaridad le es esencial un elemento de “**abajamiento de los unos a los otros**”, lo cual significa un cambio radical en el modo de comportarse los humanos.*

Les dejo pues este segundo desafío que implica sin lugar a dudas que los miembros del equipo profesional que lidera la Facultad partan por revisar sus propias miradas y relaciones, su propio abajamiento.

Abrirnos a quienes sufren desde una vida de exclusión

Recorriendo nuestras ciudades, barrios, escuelas, trabajos, zonas urbanas y rurales, comunidades indígenas y pueblos aislados, descubro en cada uno de esos espacios las dificultades que aún enfrentamos para reconocernos, aceptarnos, incluirnos, respetarnos y tratarnos dignamente. En cada uno de esos lugares hay personas y comunidades excluidas, viviendo en marginalidad y pobreza, o con servicios indignos; además experimentamos a diario una negación de la diversidad, una

tendencia a la homogeneidad, un empobrecimiento de experiencias y como consecuencia aprendizajes limitados. Se construyen en este entorno lo que Margalit ha llamado las sociedades humillantes, comunidades humanas que, en sus acciones desde el Estado, el Mercado y la Sociedad Civil, domestican, maltratan y ofenden a quienes están en una situación de mayor marginalidad, podríamos inclusive construir una ‘geografía del dolor’ a nivel nacional (algo de ello lo vemos en el mapa de la vulnerabilidad, particularmente en los 16 grupos incluidos en el Compromiso País). Sabemos –por nuestro oficio- que estas realidades causan profundas heridas psíquicas en las personas, y dejan luego para toda la vida cicatrices que cuesta sanar y son fuente de sufrimiento.

La expresión más extendida de esta exclusión está en las groseras desigualdades con las que aún convivimos, como señaló el Informe Desiguales del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD 2017) ‘la desigualdad nos enfermó a todos’, y la peor de ellas es la de ‘trato’.

Nosotros tenemos conciencia clara que esta expresión de las exclusiones y pobreza es de carácter multidimensional en las personas, familias y la diversidad de comunidades, por lo que este tercer desafío es poner mayor complejidad a la comprensión para hacer de las soluciones propuestas acciones integrales y pertinentes, realmente participativas y promocionales, con un sello de inclusividad y que sean un efectivo aporte a la justicia desde nuestra excelencia profesional.

Como epílogo

La narrativa del miedo, la desesperanza y el fatalismo le ha ganado a la narrativa de la confianza, la justicia y la esperanza en muchas ocasiones, es función de lo que aquí ocurre diariamente –en esta Facultad- que esto no sea así, que quienes aquí se formen sean capaces de hacer una

narrativa nueva, inclusiva, con seguridades basadas en el reconocimiento de la dignidad de cada cual y refrendadas con acciones claras de justicia. El camino inicial, dada la naturaleza de lo que ustedes realizan, es la excelencia, para ello las y los invito a levantar un nuevo relato desde nuestro oficio, desplazando la obsesión por el éxito y poniendo en ese lugar una íntima seducción por la excelencia. Hacer bien el bien. Lo prometen ustedes en el objetivo estratégico número 4 cuando se proponen un *aseguramiento de la calidad y excelencia*. No meras palabras y enunciados, no mediocridad académica y falta de rigurosidad, esto exige una disponibilidad y compromiso trabajado desde la humildad y el aprendizaje continuo.

Para ello, por lo menos yo como psicólogo trabajando en sectores de exclusión social, he aprendido tres actitudes básicas:

- **La contemplación sin fin de la realidad:** el silencio es un buen aliado para realizarla ya que permite la escucha, la admiración del prójimo, de su *excepcionalidad y singularidad* como diría Lévinas, y éstas son las puertas que se abren para la proximidad y el encuentro claves en el desplegar nuestro instrumental profesional. Diría el filósofo J. M. Esquirol que es un espacio de *soledad (intimidad descansada) expectante y cuestionante (silencio interior) no aislamiento angustiante y confuso (ruido interior, intimidad atormentada)*.
- **Dar lugar permanente a la gratitud:** este es un no a la extendida *meritocracia individualista*, es urgente derrotar y resistir el creciente y subterráneo *neo narcisismo* con un claro reconocimiento de que ‘no nos hacemos solos’, que ‘somos parte de un colectivo’ y que es necesario ‘agradecer’. El científico Nowak

insiste –al igual que el biólogo Maturana- que el *gran arquitecto de la evolución humana es la cooperación*, y si es así no cabe más que agradecer.

- **Mantener viva la memoria, reconstruir y recordar.** Como le decía Anderer a Brodeck –en el libro de Philippe Claudel ‘Los cuadernos de Brodeck’- *“contar es un remedio infalible”*, señalando con ello que en el relato de lo vivido –en contacto con otro- hay posibilidad de sanación. Se me viene a la mente Pascual Coña con sus relatos de la vida entre su pueblo mapuche. Contrario a lo que afirmo el Presidente en la ENADE 2018, la historia si tiene valor, no es algo del ‘pasado’ ya que sigue afectando el presente e impactará sin lugar a dudas el futuro.

Si las políticas públicas tuviesen como horizonte la ‘proximidad ciudadana, el encuentro comunitario’, desde el punto inicial de la contemplación, la gratitud y la memoria, la matriz de construcción de ellas variaría y tendría como fundamento seguro y consensuado la justicia y la libertad. Esta es una tarea nuestra.

Me hace mucho sentido compartir con ustedes un aporte que al respecto hace el filósofo Esquirol: *En vez de la voluntad de poder, la resistencia; en vez del superhombre, la proximidad; en vez de la afirmación, la ‘problematicidad’; en vez del futuro, la memoria.*

Nuestra ciencia puede y debe estar allí donde el sufrimiento psíquico es profundo, constante, y pasa de generación en generación, al lado de quienes en medio de la negación existencial y exclusión social experimentan ser individuos sobrantes o menospreciados en la sociedad

nacional, donde su propia identidad es subyugada, desgarrada o simplemente ignorada. Es el caso del pueblo mapuche y de tantos otros. Para estar allí es urgente desarrollar la **psicología de la proximidad**, menos paradigmas, más cercanía, como fruto de ese 'estar ahí' y ampliar la comprensión de la realidad existencial del 'otro', surgirán inevitablemente senderos psíquicos de dignidad y resistencia. Esos son los nuestros, los de ustedes como Facultad, ese es el horizonte que puede efectivamente ampliar las libertades de las personas, aminorar el dolor psíquico, promover un desarrollo más integral, aportar confianza y justicia.

¡Que tengan otros 20 años repletos de excelencia y compromiso!

Muchas gracias